

“Mancha” Bajó a la mina



Un entramado de galerías lleva a la veta

E. G. T.

En un ascensor que nos condujo al fondo de la mina a una velocidad aproximada de cuatro metros por segundo, vestidos de mono color naranja (uniforme minero), botas de agua y casco protector, el director de “MANCHA” y dos redactores de esta revista bajamos a 600 metros de profundidad acompañados de representantes sindicales, trabajadores de Minas de Almadén y varios compañeros de los medios informativos.

Una gran oscuridad, atenuada por la ayuda de lámparas—guía, nos acompañó durante un recorrido vertical a lo largo del extenso túnel que une las instalaciones de cielo abierto de la Mina de San Teodoro con el lugar donde actualmente se desarrollan las prospecciones mineras.

Salpicados por galerías cada 50 metros, el túnel constituye una enorme abertura hacia las entrañas de la tierra, realizada a lo largo de intensos años de trabajo por la mano del hombre. Una auténtica sima hacia las profundidades, de paredes gris plomizo, humedad fácilmente observable por el ojo humano y concavidades lamidas por la acción de las máquinas escavadoras.

Si en el exterior, a pie del ascensor, un olor azufrino—acompañado de goterones de mineral líquido constituye la huella inconfundible de la transformación del cinabiro, en el interior, el ambiente se rarifica por momentos debido a las emanaciones de vapores mercuriales, gases y falta de oxígeno.

En nuestro descenso, sincronizado por la alta velocidad del ascensor, vemos pasar las luces blancas de los neones cada cierto tiempo. El efecto se corresponde con cada galería numerada del pbzo, donde cuadrillas de mineros se afanan en extraer el mineral. Un vacío descompone nuestra presencia dentro del volquete. Como en una noria o cualquier artilugio de feria, nuestros pies perciben el efecto de ese vacío, pareciendo afectar nuestra estabilidad.

Tras unos minutos, el montacargas se estaciona en la cota de los 600 metros. Estamos en la galería 23, “la mejor pertrechada”, según los mineros y a la que las autoridades y curiosos que visitan las excavaciones suelen confluír, en su interés por ver de cerca el trabajo agotador de unos hombres que rescatan la riqueza milenaria del subsuelo.

Inicia la marcha por el túnel el minero—guía, que ilumina nuestros primeros pasos por la galería. Barro y agua encharcan el suelo que parece vibrar por efecto de las palas escavadoras que viene y van, cargadas de mineral de un extremo a otro de las instalaciones.

Aquí, abajo, el aire parece más viciado como comprobaremos al cabo de varios minutos. Las paredes concavas del túnel se deshacen de la humedad en forma de goterones de líquido. Luces de neón nos indican los intersticios y vericuetos del recorrido de la galería. Comeñamos a pensar que pronto sudaremos, pero una cierta frescura nos indica de nuevo que estamos a seis centenares de metros de la superficie.

Volquetes amarillos, de ruido insoportable en este espacio cerrado y profundo, viajan repletos de mineral que vierten a través de una rejilla metálica para su posterior selección mecánica. Parte de las bóvedas están asimismo provistas de alambradas metálicas protectoras contra posibles desprendimientos ocasionales.

El barro se adueña del suelo conforme nos acercamos al lugar exacto donde se realizan las excavaciones. El